

palabras trataba de disminuir el horror que inspiraba su nombre, y de atraerse el interes de sus víctimas. Su fingida bondad sedujo los corazones. Los realistas estaban reducidos á no tener más eleccion ni preferencia que entre sus enemigos.

IV

Pusieron á Danton y á su amigo Lacroix en un mismo calabozo. «¡Presos nosotros! —exclamó Lacroix.—¿Quién lo hubiera podido prever?» «Yo», —le dijo Danton. «¡Cómo! ¿Tú lo sabías, y no has obrado?» —replicó Lacroix. «Su cobardía me aseguraba,—replicó Danton.—He sido engañado por sus anteriores bajezas.» Hacia el mediodía pidió que le dejaran pasear como á los demas presos por los corredores. Los carceleros no se atrevieron á negarse á que diese algunos pasos por la cárcel el hombre que mandaba el dia ántes á la Convencion. Hérault de Sechelles le salió presuroso al encuentro y le abrazó. Danton afectó indolencia y alegría. «Cuando los hombres cometen simplezas,—dijo á Hérault de Sechelles encogiendo los hombros,—es menester que sepan reirse de ellas.» En seguida, viendo á Tomás Payne, se acercó á él y le dijo con tristeza: «Lo que tú has hecho por tu patria adoptiva, he tratado yo de hacerlo por la mia. He sido ménos dichoso que tú, pero no más culpable». Despues se volvió hácia un grupo de sus amigos que se lamentaban de su suerte, y dirigiéndose á Camilo Desmoulins, que se golpeaba la cabeza contra la pared, le dijo: «¿A qué vienen esas lágrimas? Ya que nos envían al cadalso, marchemos á él alegremente».

No dejaron á los acusados por mucho tiempo el consuelo de hablar juntos. Llegó al poco rato una órden para encerrarlos en calabozos separados; el de Danton estaba próximo á los de Lacroix y de Camilo Desmoulins. Danton estaba constantemente asomado á la reja de su ventana, no cesando de hablar con su amigo en alta voz, para que le oyesen los presos que habitaban en los pisos superiores y los que se paseaban en el patio. Su valor tenia necesidad de espectadores. La ventana fué su tribuna, y estuvo en escena hasta en el calabozo. La fiebre de su alma se revelaba en las pulsaciones de su pensamiento y en la agitacion de su discurso. Hombre de tumulto, no era de esas naturalezas que recogen su fuerza en el silencio y que no necesitan otros testigos que su conciencia. Este necesitaba un infortunio ruidoso y cierta popularidad en medio de la desgracia. Su locuacidad llegó á importunar á los presos.

El rumor de la prision de Danton y de sus cómplices se esparció con el dia en Paris. Nadie queria creer en este exceso de temeridad del comité de salud pública. La prision de Danton parecia ser el sacrilegio de la revolucion. Sin embargo, aquella misma temeridad daba el sentimiento de una fuerza inmensa en los que la habian manifestado. No se sabía si se debía murmurar ó aplaudir. Todo el mundo callaba, aguardando la explicacion.

La Convencion se reunió con lentitud. Algunos sordos cuchicheos anunciaban que los diputados se comunicaban en voz baja la relacion, las conjeturas é impresiones de los acontecimientos de aquella noche. La meditacion estaba impresa en todas las frentes; pero todos se preguntaban interiormente si quedaba alguna seguridad y alguna independenciamante ante un poder oculto que se atrevia á hacer desaparecer á Danton. Los miembros del comité de salud pública no estaban aún en

sus bancos, y como los soberanos que se hacen esperar, dejaban disipar la impresion ántes de arrostrarla.

Legendre se presentó. Este era el amigo más poderoso de Danton. El mismo, como otro Danton subalterno, tan pronto agitador, tan pronto moderador del pueblo de donde habia salido, se creia ser el genio de su modelo porque tenia su turbulencia, y pensaba tener su mismo valor porque como él era arrebatado é impetuoso. Al rumor de la prision de su amigo, Legendre se sintió amenazado, y se atrevió á concebir un pensamiento generoso, como el de citar á la tiranía á la barra de la Convencion. Su rostro pálido y desfigurado daba á entender la lucha que pasaba en su alma entre el valor y el temor, entre la amistad que le incitaba á hablar, y el servilismo que callaba en torno suyo. Legendre subió precipitadamente las gradas de la tribuna.

«Ciudadanos,—dijo,—cuatro miembros de esta Asamblea han sido presos esta noche. Danton es uno de ellos. Ignoro el nombre de los demas. Los nombres no importan si son culpables; pero vengo á pedir que sean oidos, condenados ó absueltos por vosotros. Ciudadanos, yo no soy sino el fruto del genio de la libertad, yo no soy sino su obra, y no trataré sino de desenvolver con gran sencillez mi proposicion. No esperéis de mí sino la explosion de un sentimiento. Ciudadanos, lo declaro, creo á Danton tan puro como yo, y nadie ha sospechado jamás aquí de mi probidad.» A estas palabras, un murmullo desfavorable reveló la mala fama de Danton. Legendre empezó á turbarse, y á pesar de esto, el silencio se restableció á la voz del presidente. Legendre continuó:

«No apostrofaré á ninguno de los miembros del comité de salud pública, pero tengo derecho para temer que los odios personales arranquen á la libertad los hombres que le han prestado los mayores y más útiles servicios. No creo inoportuno deciros esto del hombre que en 1792 hizo levantar á Francia entera con las medidas enérgicas de que se sirvió para conmover al pueblo, del hombre que hizo decretar la pena de muerte contra el que no entregase sus armas ó no las volviese contra el enemigo. No; confieso que yo no puedo creerle culpable, y aquí os quiero recordar el juramento recíproco que prestamos los dos en 1790, juramento por el cual nos comprometimos á que el que de los dos viese al otro debilitarse ó sobrevivir á su adhesion á la causa del pueblo, pudiese darle de puñaladas en el acto. Este juramento tengo placer en recordarlo en el dia de hoy. Lo repito, creo á Danton tan puro como yo. Desde la noche anterior está preso. Se teme sin duda que su voz confunda á sus acusadores. Pido, en consecuencia, que ántes que oigais ningun informe, los presos sean traídos aquí para que nosotros oigamos sus descargos.»

V

Robespierre se perdia sin remedio, al ejecutar el primer acto de su tiranía, si no hubiese llegado á la sesion en el momento en que Legendre hablaba. Cambiándose el estupor de la Asamblea en indignacion á la voz de Legendre, estaba ya pronta á citar á Danton como un testigo vivo de la audacia del comité. El alma de Danton, rebosando ira por haberse visto en un calabozo, podía valerse de una de aquellas explosiones que derriban las tiranías. La Asamblea tampoco hubiera podido resistir al espectáculo de Danton preso, enseñando sus brazos encadenados

á sus colegas, renegando de sus amigos y confundiendo á sus acusadores. Robespierre conoció el peligro con el instinto momentáneo que dan la práctica de las asambleas populares y la voluntad de vencer. Se lanzó á la tribuna haciendo resonar fuertemente sus pisadas sobre los escalones, como un hombre que asegura su base.

«Ciudadanos,—dijo,—en la turbacion desconocida que hace mucho tiempo reina en esta Asamblea, en la agitacion que han producido las primeras palabras del que ha hablado ántes del último preopinante, es fácil notar que aquí se discuten grandes intereses, que se trata de saber si algunos hombres deben hoy ser más poderosos sobre vuestros ánimos que la misma salvacion de la patria. ¿En qué consiste ese cambio que parece manifestarse en los principios de los miembros de esta Asamblea, sobre todo en los de los que se sientan en el lado que se honra de haber sido el asilo de los más intrépidos defensores de la libertad? ¿Y por qué? Porque se trata hoy de saber si el interes de algunos ambiciosos hipócritas debe sobreponerse á los intereses de todo el pueblo frances. (*Aplausos*). ¡Y qué! ¿Habrémos hecho tantos heroicos sacrificios, entre los cuales es menester contar estos actos de una dolorosa severidad; habrémos hecho estos sacrificios, repito, sólo para volver á someternos bajo el yugo de algunos intrigantes que pretenden dominarnos? ¿Qué me importan los bellos discursos, los elogios que se dan á sí mismos y á sus amigos? Una larga y penosa experiencia nos ha enseñado el caso que debemos hacer de semejantes formas oratorias. No se pregunta ya lo que un hombre y sus amigos se precian de haber hecho en tal ó cual circunstancia particular de la revolucion; se pregunta lo que han hecho en toda su carrera política. (*Aplausos*). Legendre parece que ignora los nombres de los que han sido presos; toda la Convencion los sabe. Su amigo Lacroix es del número de los detenidos. ¿Por qué finge ignorarlo? Porque sabe muy bien que no se puede defender á Lacroix sin faltar al pudor. No; nosotros no queremos privilegios. No; nosotros no queremos ídolos. (*Repetidos aplausos*). Nosotros verémos hoy si la Convencion sabrá romper un pretendido ídolo podrido hace mucho tiempo, ó si él aplastará en su caída á la Convencion y al pueblo frances. Lo que se ha dicho de Danton, ¿no se podia decir de Brissot, de Petion, de Chabot, del mismo Hebert, y de tantos otros que han llenado á Francia con el estruendo fastuoso de su mentido patriotismo? ¿Qué privilegio tiene? ¿En qué ha sido Danton superior á sus colegas, á Chabot y Fabre d'Eglantine, su amigo y confidente, y de quien ha sido su ardiente defensor? ¿En qué es superior á sus conciudadanos? ¿Lo es acaso porque algunos individuos engañados y otros que no lo han sido se han agrupado alrededor de él para seguirle á la fortuna y al poder? Cuanto más ha engañado á los patriotas que tenían confianza en él, tanto más acreedor es á sufrir la severidad de los amigos de la libertad.

»Ciudadanos, éste es el momento de decir la verdad. Yo no reconozco en todo lo que se ha dicho sino el presagio siniestro de la ruina de la libertad y de la decadencia de los principios. ¿Cuáles son, en efecto, esos hombres que sacrifican á sus relaciones personales, y tal vez al temor, los intereses de la patria? ¿Quiénes los que, en el momento en que triunfa la igualdad, se atreven á destruirla en este recinto? ¿Qué habeis hecho vosotros que no haya sido libremente, que no haya salvado á la república, y que no haya sido aprobado por Francia entera? Se quiere haceros temer que el pueblo perezca víctima de los comités que han obtenido la

confianza pública, que han emanado de la Convencion nacional, y á los que se quiere suprimir, porque todos los que defienden su dignidad son sacrificados á la calumnia. Temiendo que los presos sean oprimidos, se desconfia de la justicia nacional, se desconfia de los hombres que han obtenido la confianza de la Convencion, se desconfia de la Convencion misma que les ha dado esta confianza, y de la opinion pública que la ha sancionado. Digo que cualquiera que tiemble en este momento es culpable, porque la inocencia no teme jamás la vigilancia pública. (*Aplausos*).

»Tambien se ha tratado de inspirarme á mí terror; se ha querido hacerme creer que llegando el peligro á Danton, podia alcanzar hasta mí. Me lo han representado como un hombre de quien yo debia hacerme un escudo que pudiese defenderme, sirviéndome de él como de un muro, que una vez destruido me dejaria expuesto á los tiros de mis enemigos. Todo esto se me ha escrito, y los amigos de Danton han hecho que me llegasen estas cartas, atormentándome ademas de palabra, creyendo sin duda que el recuerdo de nuestra antigua amistad, que la fe que yo tenia en sus falsas virtudes, me determinarían á moderar mi celo y mi pasion por la libertad. Y bien, declaro que ninguno de estos motivos ha causado en mi alma la más ligera impresion; declaro que si fuese verdad que los peligros de Danton se convirtiesen en peligros para mí, que si hiciesen dar á la aristo-



Lucile Desmoulins mirando las ventanas de la prision del Luxemburgo.—Pág. 347.

cracia un paso más para que me hiriese, no miraría esta circunstancia como una calamidad pública. ¿Qué me importa el peligro? Mi vida es de mi patria, mi corazón está exento de temor, y si yo muero, será sin mancha y sin ignominia. (*Repetidos aplausos*). Yo no he visto en las adulaciones que se me han prodigado, y en las caricias engañosas de los que rodean á Danton, sino las señales ciertas del terror que habían concebido áun ántes que fuesen amenazados.

»También he sido yo amigo de Petion; desde que se quitó la máscara, le abandoné. También he tenido relaciones con Roland; fué traidor, y le denuncié. Danton quiere ocupar su puesto, que no es más, á mi modo de ver, que el que corresponde á un enemigo de la patria. (*Aplausos*). Así es que sin duda nos hacen falta algún valor y alguna grandeza de alma. Las almas vulgares ó los hombres culpables temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ya delante de sí una barrera de culpables, quedan expuestos al llegar el día de la verdad. Pero si existen almas vulgares, existen igualmente otras heroicas en esta Asamblea, puesto que ella dirige los destinos de la tierra, y que ha aniquilado todas las facciones. El número de los culpables no es muy grande.»

VI

Este discurso tenía al ménos la grandeza del odio. Si Robespierre hubiera afectado la hipocresía de que se le acusaba, podría haberse ocultado, callar y dejar á un comité anónimo la responsabilidad, la odiosidad y el peligro del acto. Se presentó solo para cubrir al comité y para luchar cuerpo á cuerpo con la poderosa fama de Danton. Su discurso sofocó los murmullos y las veleidades de independencia de la Montaña. Conocieron todos su superioridad, y fingieron convicción. Legendre, cuyo valor había desaparecido con las interpelaciones y con las miradas amenazadoras de Robespierre, temblaba á cada palabra que la conclusion del orador fuese una acusacion contra él mismo. Apresurándose á aplacar al hombre á quien acababa de atacar de frente, balbuceó algunas palabras entrecortadas por el espanto, y suplicó á Robespierre que no le creyese capaz de sacrificar la libertad á un hombre. Jamás un verdadero amigo tuvo ménos corazón, ni un orador ménos palabras. Legendre se hundió ante la Asamblea, y la tentativa de los amigos de Danton se hundió con Legendre.

Saint-Just apareció despues en la tribuna. Su aspecto sereno é impávido, al ménos en lo exterior, daba á la arbitrariedad la apariencia de la justicia intrépida. Saint-Just pronunció con voz grave y monótona, como una reflexion hablada, el informe premeditado entre Robespierre y él sobre las conspiraciones que asediaban á la república. Relató la pretendida conspiracion de Danton, teniendo cuidado de establecer correlacion entre todos los conspiradores, á fin de que el realismo de los emigrados, la anarquía de Hebert, la venalidad de Chabot, la corrupcion de Fabre y el moderantismo de Hérault de Séchelles reflejasen sobre Danton. Bien se veía que el acusador mismo no creía en la acusacion, que Danton no era en su pensamiento sino la víctima responsable de todos los males de la república, y que en el fondo, el informe de Saint-Just se limitaba por toda prueba á decir á la Convencion: «Entregadme á este hombre, porque es el gran sospechoso de la libertad».

«Ciudadanos,—dijo Saint-Just,—la revolucion está en el pueblo, y no en la

fama de algunos personajes. Hay algo de terrible en el amor sagrado á la patria; es tan exclusivo, que todo lo sacrifica, sin piedad, sin sobresalto y sin respeto humano, al interés público. Precipita á Manlio, arrastra á Régulo á Cartago, arroja á un romano en un abismo, y coloca á Marat en el Panteon. Vuestros comités de salud pública y seguridad general, llenos de este sentimiento, me han encargado que os pida justicia en nombre de la patria contra algunos hombres que hacen traicion hace ya mucho tiempo á la causa pública. ¡Ojalá que este ejemplo sea el último que deis de vuestra inflexibilidad con respecto á vosotros mismos! Hemos pasado por todas las tempestades que acompañan ordinariamente á los vastos designios. Una revolucion es una empresa heroica cuyos autores marchan siempre entre el suplicio y la inmortalidad.»

Pasando revista en seguida á todos los partidos, desde Mirabeau hasta Chabot, Saint-Just exclamó: «Danton, tú responderás á la justicia inevitable é inflexible. Veamos tu conducta anterior, y mostremos que, cómplice desde el primer día de todos los atentados, fuiste siempre contrario al partido de la libertad, y que conspiraste con Mirabeau y Dumouriez, con Hebert y con Hérault de Séchelles. Danton, tú has servido á la tiranía; cierto es que te opusiste á Lafayette, pero Mirabeau, Orleans y Dumouriez también se le opusieron. ¿Te atreverás á negar haberte vendido á los tres hombres que con más afán han conspirado contra la libertad? Por la proteccion de Mirabeau fuiste nombrado administrador del departamento de Paris en el tiempo en que la asamblea electoral era decididamente realista. Todos los amigos de Mirabeau se gloriaban en alta voz de que te habían cerrado la boca. Así es que mientras vivió aquel detestable personaje, tú has permanecido mudo. En los primeros crepúsculos de la revolucion mostraste á la corte un aspecto amenazador y hablaste contra ella con vehemencia. Mirabeau, que meditaba un cambio de dinastía, conoció el precio de tu audacia y se apoderó de tí. Tú te apartaste desde entónces de los principios severos, y no se oyó hablar de tí hasta los asesinatos del Campo de Marte. Entónces apoyaste en los Jacobinos la mocion de Laclos, que fué un pretexto funesto y pagado por la corte para desplegar la bandera roja y ensayar la tiranía. Los patriotas que no estaban iniciados en aquel complot, combatieron inútilmente tu sanguinaria opinion. Tú contribuiste á redactar con Brissot la peticion del Campo de Marte, y los dos os escapásteis del furor de Lafayette, que hizo asesinar á dos mil patriotas. Brissot anduvo errante despues por Paris sin que nadie le persiguiese, y tú te fuiste á pasar unos cuantos días alegres á Arcis-sur-Aube, si es que el que ha conspirado contra su patria puede ser dichoso. ¿Se concibe la calma de tu retiro en Arcis-sur-Aube, siendo tú uno de los autores de la peticion? Mientras los que la habían firmado, los unos estaban cargados de hierros, los otros habían sido asesinados, Brissot y tú érais objeto de reconocimiento para la tiranía, puesto que no érais para ella objetos de odio y de terror.

»¿Qué diré de tu cobarde y constante descuido por la causa pública en medio de las crisis, en donde siempre tomabas el partido de la retirada? Muerto Mirabeau, tú conspiraste con los Lameth y los sostuviste. Tú permaneciste neutral durante la Asamblea legislativa, y quedaste en silencio en la penosa lucha de los Jacobinos con Brissot y la faccion de la Gironda. Tú apoyaste desde luégo su opinion sobre la guerra. Hostigado en seguida por las reprensiones de los mejores ciudadanos, declaraste que observarías á los dos partidos, y te encerraste en el silencio. Danton,